

LA TIRANÍA DEL “ANTES Y DESPUÉS”:

cómo el interiorismo pensado para redes prioriza la foto, sacrifica ergonomía y mantenimiento, y termina creando espacios que se ven bien pero se viven mal.

Durante décadas, el interiorismo fue entendido como una disciplina silenciosa. Su éxito no dependía de la espectacularidad inmediata sino de algo más difícil de medir: la calidad de la experiencia cotidiana. Un espacio bien diseñado era aquel que permitía habitarlo con naturalidad, que resolvía problemas sin imponer protagonismos innecesarios y que envejecía con dignidad junto a quienes lo usaban. Sin embargo, en los últimos años esa lógica ha comenzado a desplazarse. En su lugar emerge otra métrica de valoración mucho más visible, inmediata y seductora: la fotografía del “antes y después”.

La proliferación de redes sociales centradas en la imagen ha transformado profundamente la forma en que se produce, se comunica y se consume el interiorismo. En estas plataformas, los proyectos no se experimentan a través del uso cotidiano sino mediante imágenes cuidadosamente encu-

dradas que condensan una narrativa visual de transformación. El espacio deja de ser una infraestructura para la vida diaria y se convierte en una escena destinada a ser fotografiada. La diferencia entre un proyecto memorable y uno irrelevante ya no se mide necesariamente por su funcionalidad, su durabilidad o su adaptación a las rutinas de quienes lo habitan, sino por su capacidad de generar impacto visual en una pantalla.

Este desplazamiento no es trivial. Cuando el éxito profesional comienza a depender de la viralidad de una imagen, el diseño empieza a responder a las reglas de la fotografía antes que a las necesidades del cuerpo, del tiempo o del mantenimiento. Así se instala una paradoja silenciosa: muchos espacios contemporáneos se ven mejor de lo que se viven.

El fenómeno del “antes y después” ha funcionado como una poderosa narrativa de progreso. Una imagen inicial muestra un espacio apagado, desordenado o anticuado; la imagen final exhibe un ambiente luminoso, estilizado y aparentemente transformado. En pocos segundos se comunica una historia completa de mejora, creatividad y valor profesional.

Este formato es extremadamente eficaz para captar atención, pero al mismo tiempo simplifica de manera radical lo que realmente implica diseñar un espacio habitable.

EUNICE MONTOKA PORCHAS

La fotografía fija tiene reglas claras. Necesita composiciones limpias, contrastes visibles, materiales que reflejen bien la luz, superficies continuas y una estética coherente que pueda entenderse de un vistazo. Pero la vida cotidiana opera bajo lógicas muy distintas. Los espacios se ensucian, los objetos se acumulan, las personas se mueven, cocinan, trabajan, descansan, almacenan cosas y generan desgaste. Un interior pensado para la cámara tiende a ignorar estas dinámicas.

Por esa razón, muchos proyectos recientes comparten ciertas características recurrentes: cocinas abiertas con superficies impecables que resultan difíciles de mantener, salas minimalistas con mobiliario ligero que sacrifica comodidad por elegancia visual, baños revestidos con materiales delicados que requieren un mantenimiento constante o dormitorios donde la iluminación está pensada para la fotografía ambiental más que para la lectura o el descanso. Nada de esto es necesariamente incorrecto desde un punto de vista estético. El problema aparece cuando estas decisiones se convierten en norma, incluso cuando comprometen la experiencia real del espacio.

Uno de los primeros aspectos que suele sacrificarse es la ergonomía. La ergonomía es una disciplina profundamente pragmática: analiza cómo interactúan los cuerpos con los objetos y con el entorno construido. Su objetivo es reducir fricciones físicas, mejorar la comodidad y facilitar las tareas cotidianas. Sin embargo, sus soluciones rara vez son espectaculares en términos visuales. Una altura correcta de encimera, una circulación amplia o un asiento diseñado para largas conversaciones no generan necesariamente una imagen viral.

Existe también una dimensión cultural en este cambio. Las redes sociales han instalado una estética aspiracional que influye no solo en los profesionales sino también en los propios usuarios. Muchos clientes llegan a los estudios de diseño con referencias visuales muy claras, tomadas de plataformas digitales donde predominan ciertos estilos reconocibles: espacios minimalistas, paletas neutras, iluminación difusa, composiciones perfectamente ordenadas. Estas imágenes generan expectativas concretas sobre cómo debería verse una casa contemporánea.

EUNICE MONTOYA PORCHAS

En contraste, la estética de redes privilegia la delgadez visual, la ligereza aparente y la continuidad superficial. Los sofás se vuelven más rígidos para mantener líneas definidas, las sillas reducen su volumen para no “cargar” la composición y las mesas adoptan proporciones que funcionan mejor en fotografía que en el uso prolongado. El resultado es una progresiva disociación entre el cuerpo y el objeto. Lo que se ve elegante en una imagen puede convertirse en una experiencia incómoda después de varias horas.

Otro aspecto que suele quedar relegado es el mantenimiento. La vida de un espacio no termina cuando se toma la fotografía final del proyecto; de hecho, en ese momento apenas comienza. Las superficies se desgastan, los materiales reaccionan a la humedad, los textiles absorben manchas y los sistemas de almacenamiento se ponen a prueba con el paso del tiempo. Diseñar bien implica anticipar estas transformaciones.

Sin embargo, el interiorismo orientado a la imagen tiende a privilegiar materiales que lucen espectaculares el primer día aunque resulten exigentes en el largo plazo. Encimeras extremadamente claras, acabados mate de alta absorción, griferías delicadas o textiles difíciles de limpiar pueden ofrecer una estética impecable en la sesión fotográfica, pero demandan una disciplina de mantenimiento que muchas viviendas reales no pueden sostener. El resultado es un deterioro prematuro que nunca aparece en las imágenes que circulan en redes.

Este fenómeno revela una tensión más profunda entre dos temporalidades del diseño. La fotografía pertenece al instante; el habitar pertenece a la duración. La primera captura un momento idealizado; la segunda enfrenta la realidad acumulativa del tiempo. Cuando el diseño se orienta excesivamente hacia la lógica del instante, pierde su capacidad de acompañar la vida diaria.

El problema es que esas imágenes rara vez muestran el contexto completo de uso. No revelan cuánto espacio de almacenamiento existe fuera del encuadre, cuántos objetos cotidianos fueron retirados antes de la fotografía o qué rutinas reales ocurren en ese lugar. La casa fotografiada no es exactamente la casa habitada; es una versión cuidadosamente editada de ella.

En ese contexto, el profesional del interiorismo enfrenta una presión creciente. Por un lado, necesita producir proyectos que satisfagan las expectativas visuales del cliente y que puedan circular con éxito en los canales digitales que hoy funcionan como portafolio público.

Por otro, tiene la responsabilidad técnica y ética de diseñar espacios que funcionen bien en la vida real. Cuando estas dos exigencias entran en conflicto, el equilibrio no siempre se resuelve a favor del uso cotidiano.

Esta tensión se vuelve especialmente evidente en los espacios domésticos más intensivos, como la cocina o el baño. En la lógica de redes, la cocina ideal es un espacio abierto, limpio y casi escultórico. Las superficies continuas, los electrodomésticos ocultos y la ausencia de objetos visibles crean una imagen de orden absoluto. Sin embargo, la cocina real es un lugar de actividad constante: se manipulan alimentos, se generan residuos, se utilizan utensilios y se requiere acceso rápido a múltiples herramientas. Un diseño excesivamente minimalista puede dificultar estas tareas, obligando a reorganizaciones improvisadas que rompen rápidamente la estética original.

Algo similar ocurre con el almacenamiento. Las fotografías de interiores suelen mostrar ambientes despejados donde cada objeto parece tener una posición perfectamente calculada. Pero esta claridad visual depende casi siempre de sistemas de almacenamiento generosos que no aparecen en el encuadre. Cuando esos sistemas no existen o son insuficientes, el espacio termina saturándose en pocos meses.

La consecuencia es un tipo de frustración silenciosa. Los usuarios habitan espacios que, en teoría, deberían representar una mejora significativa respecto al estado anterior, pero en la práctica descubren pequeñas incomodidades acumulativas: una mesa demasiado estrecha para trabajar, un sofá poco profundo para descansar, una cocina que se ensucia con facilidad o una iluminación insuficiente para ciertas actividades. Ninguno de estos problemas es dramático por sí mismo, pero juntos erosionan la calidad de la experiencia cotidiana.

Frente a este panorama, resulta necesario replantear qué significa realmente el éxito en el interiorismo contemporáneo. La visibilidad digital no es en sí misma un problema; de hecho, ha democratizado el acceso a referencias estéticas y ha ampliado la conversación pública sobre el diseño. El problema aparece cuando la imagen deja de ser una herramienta de comunicación para convertirse en el criterio principal de valoración. El interiorismo no puede reducirse a la producción de escenas fotogénicas. Su verdadera materia de trabajo es la vida cotidiana: las rutinas domésticas, los hábitos de descanso, las dinámicas familiares, la relación entre objetos y cuerpos, la evolución de los espacios a lo largo del tiempo. Ignorar estas dimensiones equivale a convertir el diseño en una forma de escenografía.

Reconocer esta deriva implica también cuestionar ciertas prácticas que se han normalizado en la industria. La obsesión por el minimalismo visual, la reducción sistemática del almacenamiento visible, la selección de materiales pensados para el impacto inmediato o la priorización de encuadres perfectos sobre recorridos funcionales son decisiones que merecen ser revisadas. No se trata de renunciar a la estética ni de oponer belleza y funcionalidad como si fueran incompatibles. Se trata de recordar que la belleza en el diseño interior no debería agotarse en la fotografía inicial, sino sostenerse en la experiencia prolongada de habitar un espacio.

EUNICE MONTOYA PORCHAS

En última instancia, la responsabilidad profesional del interiorista consiste en mediar entre dos mundos: el de la imagen y el de la vida. El primero es rápido, seductor y fácilmente compartible; el segundo es lento, complejo y profundamente humano. Diseñar bien significa resistir la tentación de sacrificar lo segundo en favor de lo primero.

Tal vez el desafío más urgente del interiorismo contemporáneo no sea producir espacios más impresionantes, sino recuperar la ambición de diseñar espacios más habitables. Porque un proyecto verdaderamente exitoso no es aquel que genera miles de reacciones en una plataforma digital, sino aquel que sigue funcionando silenciosamente después de años de uso.

La pregunta que queda abierta es incómoda pero necesaria: en una cultura visual obsesionada con el “antes y después”, ¿cuántos de los espacios que admiramos en pantalla serían realmente lugares donde querríamos vivir todos los días?